

— ¡Paz á vuestras almas!, dijo el apóstol, que viendo á sus pies á la doncella, preguntó lo que había ocurrido.

Crispo se puso á relatar lo que Licia le había comunicado: su amor culpable y su deseo de abandonar la casa de Miriam, y habló también al anciano de su propio dolor, porque un alma que hubiera querido ofrecer á Dios pura como un lirio, se había contaminado con un amor terreno por un ser endurecido en el pecado, en el que dominaba el espíritu pagano y que debía atraer la venganza de Dios.

Mientras hablaba Crispo, Licia estaba abrazada á las rodillas del apóstol, como implorando piedad y misericordia.

Pedro, después de oírlo todo, puso su mano trémula sobre la cabeza de Licia y dijo, dirigiéndose á Crispo:

— ¿No sabes que nuestro divino Maestro fué á las bodas de Canaán y bendijo el amor entre marido y mujer?

Crispo, dejando caer los brazos, miró fijamente al apóstol, sin pronunciar palabra.

Pedro continuó en seguida:

— ¿Crees, joh Crispo!, que el Salvador, que permitió á María Magdalena postrarse á sus pies y perdonó á la gran pecadora, rechazaría á esta virgen, pura como el lirio del valle?

Licia se abrazó más estrechamente á las rodillas del apóstol, viendo que no en vano había implorado piedad. Pedro le alzó el rostro, inundado de lágrimas, y dijo:

— Mientras los ojos de aquel que amas permanezcan cerrados á la luz de la verdad, evita su amor para que no te arrastre también hacia el mal; pero ruega por él y sabe que tu amor no es culpable. El deseo de huir de la tentación te será apreciado como un mérito. No te entristezcas, no llores, pues yo te digo que la gracia del Redentor no te ha abandonado y que tu oración será escuchada. Después del dolor vendrá para ti la alegría.

Diciendo estas palabras, puso ambas manos sobre la cabeza de Licia y la bendijo. Una bondad sobrehumana se reflejaba en su semblante.

Crispo, confuso, empezó á disculparse humildemente:

— He pecado contra la misericordia, dijo, pero yo creí que ella había renegado de Cristo con su amor terrenal.

— Yo renegué de Él tres veces, respondió Pedro, y sin embargo me perdonó y me confió la custodia de su grey.

— Pero Vinicio es un augustiano, replicó Crispo.

— Cristo convirtió corazones más endurecidos que el suyo, respondió el gran apóstol.

Pablo de Tarso, que hasta entonces había callado, poniéndose la mano sobre el corazón, dijo:

— Yo soy aquel que persiguió á los siervos de Cristo y los entregó á la muerte; yo soy aquel que mientras Esteban era apedreado guardaba los vestidos de los apedreadores; yo soy aquel que quería destruir la verdad en todos los países habitados, y sin embargo, el Señor me escogió para proclamarla por todos los ámbitos de la tierra. Lo hice en Judea, en Grecia, en las islas y en esta impía ciudad, adonde vine antes como prisionero. Y ahora por orden de Pedro, mi pastor, he entrado en esta casa para prosternar ante Cristo otra cabeza soberbia y para esparcir la semilla en aquel árido campo, á fin de que el Señor lo haga prosperar y conceda abundante cosecha.

Se levantó, y á los ojos de Crispo aquel hombre pequeño y deforme apareció como lo que era verdaderamente: un gigante destinado á remover el mundo en sus cimientos y á conquistar países y naciones.

## XXVIII

## «PETRONIO Á VINICIO

¡Ten piedad, *carissime!* ¡No imites en tus cartas á los lacedemonios ni á Julio César! Si como éste pudieras escribir: *Veni, vidi, vici*, comprendería tu laconismo. Pero, al contrario, tu carta se resume así: *veni, vidi, fugi!* Ya que tal resolución no se ajusta á tu carácter, ya que estás herido y te han ocurrido extrañas aventuras, tu carta necesita una explicación. No pude dar crédito á mis ojos cuando leí que el gigante licio había matado á Croton con la misma facilidad con que un perro de Calcedonia hubiera matado un lobo en las gargantas de Ibernia. ¡Ese hombre vale todo el oro que pesa, y si quisiera, le sería muy fácil llegar á favorito de César. En cuanto regrese, quiero conocer á ese licio y hacer esculpir su estatua en bronce.

»*Enobarbo* casi reventará de curiosidad cuando le diga que existe el original. Verdaderamente, las figuras atléticas son cada vez más raras en Italia y en Grecia; es inútil hablar del Oriente. Los germanos son robustos, pero sus músculos no son muy fuertes y deben más á su estatura que á su fuerza. Infórmate por el licio de si él representa una excepción ó si en su país se encuentran muchos ejemplares que se le parezcan. Porque si algún día nos tocase á ti ó á mí dirigir los juegos públicos, convendría saber dónde pueden hallarse los luchadores más hábiles.

»Demos gracias á todos los dioses, que te sacaron vivo de aquellas manos. Esto habrá ocurrido merced á tu calidad de patricio y de hijo de un cónsul. Todo lo que sucede me deja estupefacto: el cementerio, donde te encontraste rodeado de cristianos, los mismos cristianos, su modo de proceder contigo, la fuga de Licia, y en fin, aquella inquietud y suma tristeza que transpira toda tu carta. Explícate, porque ésta contiene muchos puntos que me resultan oscuros, y si quieres que te diga la verdad, te confesaré que no comprendo ni á los cristianos, ni á Licia, ni á ti. No te sorprenda que el que no se ocupa en el mundo de otra cosa que de su persona, te pida tantas aclaraciones. En este asunto he puesto también mi trabajo, y por esto me interesa. Escíbeme pronto, porque no sé cuándo regresaremos. En la cabeza de *Enobarbo* los proyectos cambian lo mismo que en otoño la dirección de los vientos.

»Ahora, habiendo prorrogado su estancia en Benevento, desea partir para Grecia, todo antes que regresar á Roma. Tigelino, sin embargo, le aconseja que permanezca por algún tiempo en la capital, á fin de que el pueblo, que ardientemente le desea (lee: que desea juegos y pan), no se amotina. Por esto no puedo decirte qué rumbo tomarán las cosas. Si Acaya ha de vencer, no veremos el Egipto.

»Yo insistiré con todas mis fuerzas para hacerte venir; en tu estado de ánimo, los viajes y las distracciones serían, á mi modo de ver, un lenitivo y un remedio. Reflexiona si te conviene la tranquilidad de tus posesiones de Sicilia más que la permanencia en Roma. Explícate sinceramente y consérvate bueno. Esta vez no



te deseo nada más que salud. ¡Por Pólux, no sé qué otra cosa podrías desear!»  
 Vinicio, después de recibir esta carta, no se sintió dispuesto á contestar. Le pareció que no merecía una respuesta, pues cuanto pudiera decir no había de satisfacer á ninguno de los dos, ni poner nada en claro.

Se hallaba descontento y observaba la vanidad de este mundo. Además estaba persuadido de que Petronio no le había comprendido; sin duda, algo había sobrevenido que separaba á uno de otro; pero él no lograba explicárselo.

Del Trastevere había vuelto á su espléndida ínsula y se sintió aturdido por la alegría de encontrarse en su propia casa, en medio de las comodidades, de la paz y de la opulencia. Pero no tardó en presentarse á su pensamiento la inestabilidad de las cosas humanas; se fijó en que todo aquello que hasta entonces había despertado su interés, ó no existía ya para él, ó quedaba reducido á muy pequeñas proporciones. El vínculo que hasta entonces le había unido á la vida parecía roto en su espíritu, sin que otro alguno lo hubiese reemplazado. La idea de trasladarse á Benevento y de allí á la Acaya, llevando una vida de placeres y disolución, le producía una sensación de frío y de vacío. «¿Por qué razón?» se preguntaba. Por primera vez dudó de que la conversación de Petronio, su gracia, su viveza, sus finas apreciaciones, los primores de su lenguaje, pudieran distraerle. Pero le pesaba la soledad. Todos sus conocidos se hallaban en Benevento con César, y él se encontraba solo, con sus pensamientos y con sus dudas crueles. Había momentos en que hubiera querido expansionarse con alguien y desahogar su corazón. Después de titubear algunos días, decidió contestar á Petronio, y aunque no estaba seguro de si mandaría luego la carta, escribió lo que sigue:

«VINICIO Á PETRONIO

»Deseas que te dé una explicación y comprendo tu deseo. No sé, á pesar de esto, si conseguiré ser más claro, habiendo en mi espíritu muchos problemas que no me atrevo á resolver. Te dí cuenta de mi estancia entre los cristianos, su manera de tratar á los enemigos, en cuyo número podían, con pleno derecho, contar á mí y á Quilón, y finalmente, la bondad con que me cuidaron y la desaparición de Licia. ¡No, querido! No me respetaron porque fuese un hijo de cónsules; ellos no conocen tales respetos humanos: perdonaron también á Quilón, á pesar de haberles yo dicho que lo sepultaran en el jardín. El mundo no ha visto hasta ahora personas semejantes, y su doctrina resulta nueva para todos. No podía decir otra cosa acerca de ellos; pero, de fijo, quien pretenda medirlos por el mismo rasero que á nosotros, se engañará de medio á medio. Te aseguro que si con el brazo roto hubiese estado en mi casa, entre mi gente, hubiera tenido mayores comodidades, pero no hubiera encontrado las atenciones que aquéllos me prodigaron.

»Has de saber también que Licia es como los demás. Si hubiese sido mi mujer ó mi hermana, no hubiera querido velarme con más solicitud. Mi corazón quedó extasiado, porque comprendí que solamente el amor podía inspirar todos aquellos afectuosos cuidados.

»Más de una vez descubrí amor en sus miradas, amor en su rostro, y ¿lo crearás?, entre pobre gente, en aquella mísera habitación que era á un tiempo *culina* y *triclinium*, me consideraba muy dichoso. ¡No! Yo no le era indiferente, hoy aún puedo creerlo. Y sin embargo, por mi causa abandonó Licia la casa de Miriam. Ahora paso días enteros con la cabeza entre las manos, y pienso: «¿Por qué hice todo esto?» ¿Te dije que le había ofrecido volverla á casa de Aulo? Me contestó que, por el momento, esto era imposible, habiendo partido para Sicilia Aulo y

Pomponia, y temiendo además que la noticia de su regreso, divulgada por los esclavos, había de saberse en el Palatino y la separaría otra vez de Pomponia. Sabía que yo no la persiguiría más, que había abandonado el camino de la perdición, y no pudiendo dejar de amarla, ni vivir sin ella, la llevaría á mi casa, entrando por la puerta adornada de guiraldas y haciéndola sentar junto á mi hogar bendito. Y sin embargo, ¡huyó! ¿Por qué? ¡Nada la amenazaba! Si ella no me hubiese amado, yo hubiera podido considerar su conducta como una negativa.

»El día anterior á su fuga conocí á un hombre extraordinario, á un tal Pablo de Tarso. Habló conmigo de Cristo, de su doctrina, y cada una de sus palabras contenía una fuerza capaz de remover los fundamentos de nuestro orden social. Ese hombre vino á encontrarme al día siguiente al de la fuga de Licia y me dijo: «Si Dios abre tus ojos á la luz y descubre el velo, como hizo conmigo, tú apreciarás su conducta y quizá puedas encontrarla.»

»Y estas palabras me tienen preocupado como si las hubiese oído de labios de la Pitonisa de Delfos. Creo comprender algo. Los cristianos, si bien aman á los hombres, son enemigos de nuestras malas acciones, de nuestras culpas, de nuestros dioses; por eso ella huyó de mí como de un hombre perteneciente á nuestra sociedad, con el cual no quería compartir una existencia que consideran pecaminosa los cristianos. Dirás que para rechazarme no tenía necesidad de huir. Pero ¿y si me amaba? Huyó á causa de mi amor. Cuando pienso en ello, siento vivos deseos de mandar esclavos por toda Roma con la orden de que griten: «¡Licia, vuelve!»

»¡No comprendo por qué ha huído! Yo no le hubiera prohibido pensar en su Cristo; por el contrario, le hubiera levantado un altar en el atrio. ¿Qué daño podía hacerme un Dios? ¿Por qué no creer en Él... yo, que, después de todo, no tengo una gran fe en los dioses antiguos? Los cristianos no mienten, de esto estoy seguro, y dicen: «Cristo resucitó después de muerto.» Un hombre no puede resucitar cuando está muerto. Aquel Pablo de Tarso, ciudadano romano, pero que, siendo hebreo, conoce los antiguos escritos hebraicos, me dijo que la venida de Cristo había sido anunciada miles y miles de años antes por los profetas. Todo esto es muy extraño; pero dondequiera que dirijamos nuestras miradas, ¿no nos sorprenden cosas extrañas? Se habla también mucho de Apolonio de Tiana. Yo encuentro justa la afirmación de Pablo: no hay más que un solo Dios y no una legión de dioses. Tal vez Séneca es de esta opinión y otros muchos lo hayan sido antes que él. Cristo vivió por la salvación del mundo, se hizo crucificar, y después de muerto resucitó. Todo esto es muy cierto. No veo motivo alguno para obstinarme en sostener lo contrario, ó para no erigirle un altar, estando ya dispuesto á hacerlo por Serapis. No me sería difícil renunciar á los otros dioses; ningún hombre razonable cree ya en ellos. Pero me parece que todo esto no les basta á los cristianos: no se contentan con adorar á Cristo; quieren además vivir según sus preceptos. Así es que yo me encuentro ahora en la orilla de un mar que esta religión me obliga á atravesar á pie.

»Admitiendo que yo hiciese tal promesa, los cristianos no la juzgarían firme ni sincera. Pablo me lo confesó abiertamente. Tú sabes cuánto amo á Licia y lo que haría por ella; mas para contentarla no podría poner sobre mis espaldas ni el Sorata, ni el Vesubio, ni hacer que cupiera en la cuenca de mi mano toda el agua del lago Trasimeno, ni mucho menos cambiar mis ojos negros por los azules de Licia. Si ésta me exigiese cosas semejantes, yo podría sentir el deseo de complacerla, pero no estaría en mi poder el cumplirlo. No soy un filósofo, pero tampoco tengo la inteligencia tan limitada como quizá has creído alguna vez, y por lo mismo he de decirte que conozco cómo regulan su vida los cristianos; pero comprendo que donde penetra su religión acaba la supremacía romana, la misma Roma, nuestro modo



de vivir; acaba la diferencia entre vencedor y vencido, entre pobre y rico, entre señor y esclavo; acaba el dominio de César, la ley actual, el orden de cosas existente. Y reina, en cambio, Cristo con una misericordia desconocida para nosotros, con una bondad completamente opuesta á los usos humanos y romanos. Seguramente quiero á Licia más que á Roma entera con todos sus esplendores, y me satisfaría que todo se arruinase para poderla poseer.

»Pero aún hay más. A los cristianos no les basta una convicción superficial; es preciso estar profundamente identificado con la verdad de su doctrina y no guardar en el alma nada heterogéneo. Pero los dioses son testigos de que esto es superior á mis fuerzas. ¿Comprendes lo que esto significa?

»En mi naturaleza hay algo que se aparta de tal religión; si quisiera magnificarla con mis labios, sujetarme á sus preceptos, mi espíritu, mi razón me dirían que lo hacía sólo por amor á Licia, y si notara que Licia no tenía nada que ver con esta religión, todo lo que la informa me repugnaría. Lo raro es que Pablo de Tarso y Pedro, que fué apóstol de Cristo y á pesar de su sencillez y origen humilde es el primero entre los cristianos, comprenden este sentimiento. ¿Sabes qué hacen? Ruegan por mí, ó piden al cielo lo que ellos llaman la gracia; pero sobre mí no descien- de más que el ansia y un deseo siempre creciente de poseer á Licia.

»Te escribí que ella se había alejado secretamente; antes de marchar me dejó una cruz entrelazada por ella misma con ramitas de haya. Al despertar me la encontré junto al lecho; ahora la tengo en el *lararium* y me acerco á ella, sin saber por qué, con sagrado respeto y veneración, como si ocultase algo divino. Amo la cruz porque sus manos la han entrelazado, la odio porque nos separa. A veces me parece que todo esto obedece á una especie de encantamiento; creo que Pedro, aunque se llame sencillo pastor, es más grande que Apolonio y sus predecesores y ha logrado convertirnos á todos, á Pomponia, á Licia y á mí mismo.

»Me dices que entre las líneas de mi última carta podía leerse la tristeza y la inquietud. Tristeza debía haber después de perder á Licia por segunda vez, y también inquietud, notando en mí algún cambio. Te lo declaro con franqueza, nada repugna tanto á mi naturaleza como esa religión, y sin embargo, no me reconozco á mí mismo desde que encontré á Licia. ¿Es amor ó hechizo? Circe con su contacto mudaba los cuerpos; en mí se ha cambiado el alma. Sólo Licia pudo obrar este cambio, y precisamente por medio de la maravillosa religión á que pertenece. Cuando, abandonando á los cristianos, volví á mi casa, nadie me aguardaba en ella. Los esclavos creían que me hallaba en Benevento y no suponían que regresara tan pronto; así es que reinaba la más espantosa confusión. Los encontré borrachos en un banquete que se celebraba en el *triclinium*. Habrían esperado la muerte antes que mi regreso, y eran de ver aquellos rostros aterrorizados. Ya sabes que dirijo mi casa con mano de hierro: todos cayeron de rodillas y algunos se desmayaron. ¡Pues oye lo que hice! Primero quise recurrir á las vergas ó al hierro candente; pero de pronto se apoderó de mí un sentimiento de vergüenza y... ¿lo crearás?, una especie de piedad por aquellos desgraciados. Entre aquellos esclavos los había traídos del Rhin en tiempo de Augusto por mi abuelo, Marco Vinicio. Me dirigí á mi biblioteca, que abrí yo mismo, y mil diversos pensamientos se agolparon en mi cerebro. Después de lo que había oído y visto entre los cristianos, no me era lícito tratar á mis esclavos según mi costumbre... ¡también son personas! En los días sucesivos vivían en ansia mortal, suponiendo que mi tardanza era hija del deseo de inventar algún castigo tremendo y cruel...; pero no pude castigarlos, no me sentí con fuerzas para ello. El tercer día, reuniéndolos á mi alrededor, les dije: «¡Os perdono; procurad con la mayor solicitud enmendar vuestros yerros!» Cayeron de rodillas,

las lágrimas inundaron sus mejillas, y extendiendo conmovidos los brazos hacia mí, me llamaron padre y señor; y yo... me avergüenzo de confesarlo, estaba tan conmovido como ellos. Me parecía ver el rostro querido de Licia humedecido en llanto, me parecía oír su voz agradeciéndome mi buena acción. Sentía que á mis ojos asomaban también algunas lágrimas. Además debo confesarte que sin ella no puedo hacer nada; que para mí es un mal estar solo; que soy desgraciado, y que mi tristeza es más grande de lo que puedas suponer.

»Por otra parte, en lo que concierne á mis esclavos, he observado un fenómeno extraño. El inesperado perdón no sólo no ha dado origen á la indisciplina y á la insubordinación, sino que puedo decir que nunca se mostraron tan activos y solícitos cuando les amenazaba con castigos como ahora que les anima la gratitud. No sólo me sirven, sino que se disputan por adivinar mis deseos. Te refiero esto porque ayer, al separarme de los cristianos, decía á Pablo que por medio de su religión la sociedad debía deshacerse como un tonel sin aros, á lo que él me respondió: «El amor es más fuerte que el miedo.» Ahora convengo en que su opinión, aplicada á ciertos casos, puede ser justa. Lo he experimentado también con mis deudores; apenas tuvieron noticia de mi regreso, se apresuraron á venir á saludarme. Sabes que nunca me mostré avaro con ellos; pero mi padre, por sistema, los trataba con altivez, enseñándome á hacer lo mismo. Al fijarme en sus vestidos destrozados y en sus rostros adelgazados por el hambre, sentí una especie de piedad. Hice que les dieran de comer, conversando después con cada uno de ellos... llamaba á uno por su nombre, pedía al otro noticias de su mujer y de sus hijos..., y por segunda vez las lágrimas humedecieron mis ojos y me pareció que Licia me miraba y alababa mi conducta. ¿Qué quiere decir esto? ¿Enloquezo, ó el amor confunde mis sentimientos? No sabría definirlo. Me parece que ella me ve desde lejos, y por esto me abstengo de toda acción que pudiera afligirla ú ofenderla.

»¡Así es, Cayo! Los cristianos han operado en mí una transformación, y á veces me gozo en ello. De cuando en cuando, no obstante, me preocupo pensando que me han arrebatado la energía viril y la fuerza de voluntad y que estoy imposibilitado, así para pensar y reflexionar, como para gozar y guerrear. ¡Esta es hermosa y excelente magia! Y de tal manera he cambiado, que cuando yacía herido se me ocurrió lo siguiente: Si Licia fuese como Nigidia, Popea, Crispinila y todas las demás divorciadas; si fuese tan perversa, tan corrompida, tan cruel, yo no dejaría de amarla. Pero como la quiero por el mismo motivo que nos separa, puedes figurarte el caos en que está sumida mi alma, las tinieblas en que vivo; puedes comprender cómo no descubro ante mí ningún sendero marcado, y cuál es mi confusión y mi incertidumbre. Si la vida puede compararse á una fuente, en la mía se encuentra inquietud en vez de agua. La esperanza de volver á ver á Licia me sostiene, y alguna vez me parece tener la seguridad. Lo que puede sucederme en uno ó dos años no sabría decirlo ni imaginarlo. Yo no abandonaré Roma. No podría soportar la compañía de los secuaces del emperador; además, el único consuelo en mi tristeza es la idea de estar junto á Licia y poder por medio del médico Glauco, que prometió visitarme, ó de Pablo de Tarso, saber algo acerca de ella.

»¡No! No abandonaré Roma, aunque tú me ofrezcas hacerme gobernador de Egipto. Has de saber también que he encargado á un escultor la erección de un monumento á Gulón, muerto por mí en un momento de ira. Demasiado tarde he recordado que él me llevó en brazos y fué el primero que me enseñó á disparar la flecha. No sé por qué razón, pero su recuerdo me causa dolor y remordimientos. Si te sorprende el contenido de mi carta, te diré que yo no estoy menos sorprendido. Pero no he referido más que la verdad pura. *Vale!*»